

EL CONDE DE ARANDA, FUNDADOR DE LA REAL FÁBRICA DE LOZA Y PORCELANA DE ALCORA

Antonio BASO ANDREU

Todo el mundo sabe que la cerámica es el arte de fabricar y decorar objetos de barro utilizando la arcilla como materia prima básica, junto a algún aglutinante. Es natural disponer en el ajuar doméstico de cualquiera de estos objetos, hecho a mano o con torno, puesto uno a uno a cocción lenta en el horno para su endurecimiento.

La arqueología, desde remota antigüedad, nos ha descubierto que estos utensilios se remontan a las civilizaciones más primitivas, con vestigios en todos los continentes, desde las culturas occidentales del Neolítico europeo a los objetos precolombinos de cualquier pueblo que nuestros descubridores encontraran.

Aquí, en España, nos hallamos desde un principio dentro de la trayectoria que irradió nuestro propio continente con el Eneolítico de vasos campaniformes, la peculiaridad ibérica con la posterior artesanía de Grecia y Roma, la de los visigodos y musulmanes, con la obra que se trabajaba en los talleres italianos de gran influencia en Aragón, para alcanzar su esplendor en el siglo XV y principios del XVI de Florencia, Siena, Gubbio, Venecia, Urbino..., que con el Renacimiento se acentuó marcando estilos profundos en los obradores de Sevilla, Talavera de la Reina, Valencia, Aragón y tantos otros de nuestra geografía peninsular. De más al norte, los talleres de Nuremberg, Colonia, Lubeek y los sajones sirvieron de modelo a nuestros artesanos, como igualmente fueron los de Lyon, Nevers, Ruan y Mustiers, más próximos a nuestras fronteras pirenaicas.

Pero con el Barroco decaía la influencia italiana en beneficio de los talleres franceses. En Sajonia, a principios del siglo XVIII, era difundida la fabricación de la porcelana, de origen chino, que los Médicis ya conocían en la Florencia del siglo XV. También las producciones de Meissen (Sajonia), Sèvres (Francia), Capodimonte (Nápoles) o Wedgwood (Inglaterra) eran consideradas. En España destacó la del Buen Retiro, dependiente de la Corona, a

la que se sumarían sucesivamente las de Alcora, la Cartuja de Sevilla, Sargadelos de Lugo, ya ésta en el siglo XIX..., sin que puedan olvidarse las obras realizadas por los artesanos hispano-indígenas de los Virreinos y Capitanías Generales de los territorios españoles de Ultramar, en cuyas composiciones decorativas combinaban con cierto arte los motivos del barroquismo europeo con los que los nativos veían en lo que se conservaba de su propia cultura aborigen precolombina, tanto en el continente suramericano como en los pueblos hispánicos restantes. De este período, por ejemplo, fueron notables los talleres mejicanos de Puebla de los Ángeles, en los que se realizaban bellísimas composiciones de lo azteca imperial con la floritura de lo español importado, ambos armónicamente unidos.

El esplendor de Alcora

Precisamente cuando estoy escribiendo este pequeño trabajo, el Centro Nacional de Exposiciones y Promoción Artística del Ministerio de Cultura del Gobierno español viene celebrando en el Palacio de Velázquez del parque de El Retiro de Madrid una interesante y copiosa exposición dedicada a mostrar lo que, según el catálogo de presentación, “significa la producción de la Manufactura de Alcora” durante un dilatado período de vida y brillantez que duró desde 1727 a 1895¹.

Muchos saben que la Fábrica de Alcora era fundada en el año 1727 por el noble aragonés don Buenaventura Pedro de Alcántara Jiménez de Urrea, IX.º conde de Aranda, “quien eligió para ubicarla unos terrenos de su propiedad en la villa de Alcora (Castellón), localidad de gran tradición alfarera, que contenía arcillas de buena calidad”.

Así era, efectivamente, la casa de los Aranda tenía posesiones y mansión palaciega en la castellanense villa de Alcora, hoy cabecera de la comarca de l'Alcalatén, perteneciente a la diócesis de Segorve, en unas tierras pintorescas entre el Maestrazgo y la Plana que hacia el mar da nombre a la capital de la provincia. Campos de monte bajo y de gran fertilidad son los de este territorio levantino cuya capitalidad es Lucena del Cid, que a su vez producen cereales, algarrobos y olivos en abundancia, igual que de ellos se saca tierra arcillosa para elaborar una loza de buena calidad. Sus alfares se hicieron muy famosos, lo mismo que los lienzos de sus telares, tan conocidos como los de Morella y otros lugares próximos, que complementaban su industria manufacturera.

Vemos, pues, que el fundador de la Fábrica de Alcora fue don Buenaventura Pedro de Alcántara Jiménez de Urrea, descendiente de una de las familias aragonesas que formaron las “ocho casas nobles” de la tierra, de la

1. Catálogo de la Exposición “El esplendor de Alcora” (Palacio de Velázquez, Parque de El Retiro, Madrid, 15 de marzo a 2 de mayo de 1995).

que salieron los condes de Aranda, de cuyo linaje son conocidos individuos portadores de este apellido, al menos desde el reinado de Pedro IV de Aragón. De esta noble estirpe sería don Fernando Abarca de Bolea y Galloz, que casó con doña María de Portugal y fue mayordomo mayor del príncipe de Viana, embajador y consejero de Alfonso V de Aragón; también don Martín Abarca de Bolea, político y diplomático, que entre otros llevó los títulos de barón de Torres y de Clamosa². A esta familia perteneció la monja cisterciense doña Ana Francisca Abarca de Bolea, escritora y abadesa del monasterio de Casbas, de cuya obra literaria en la actualidad se viene ocupando la doctora Ángeles Campo Guiral. Hijo de don Buenaventura Pedro de Alcántara fue el X.º conde de Aranda, don Pedro Pablo Abarca de Bolea, nacido en Siétamo (Huesca) en 1719, el cual le sucedería en la propiedad de la Fábrica de Alcora, como más adelante veremos³.

Distintas épocas de la Fábrica de cerámica

La creación y puesta en funcionamiento de la Fábrica de Alcora a partir de 1727 coincidió con un proceso conducente al desarrollo industrial, constructivo y cultural de España en el que tuvieron lugar las fundaciones de la Biblioteca Nacional, la Real Academia de la Lengua, la Academia de Bellas Letras de Barcelona, la Fábrica de Cristal de la Granja... En 1746 nació en Fuentetodos el genio aragonés Francisco de Goya, que revolucionaría la pintura universal del clasicismo al impresionismo nonato. En el intercambio de ideas de los pueblos de occidente y de América eran los científicos, geógrafos exploradores y religiosos sucesores de los conquistadores de tierras por ellos descubiertas.

Así pues, dentro de aquella evolución que partía de la finalización de la guerra de Sucesión y la implantación de la dinastía borbónica, estamos en la que puede llamarse *primera época de Alcora*, que tuvo una duración de 1727 a 1749, durante la que se puso a prueba y en funcionamiento la que pomposamente fue llamada Real Fábrica de Loza y Porcelana, fundada por el noble aragonés conde de Aranda en el señorío de su propiedad de Alcora (Castellón). Esta apertura acontecía cuando llegaba el primer Borbón, Felipe V, quien estrenó el Palacio de Oriente, construido por el abate turinés Juvara y su discípulo Juan Bautista Sachetti sobre el solar que había dejado el antiguo Alcázar de los Austrias, incendiado en la Nochebuena de 1734. Seguro es que en este siniestro fenecieron muchos objetos procedentes de Alcora⁴.

2. Gregorio GARCÍA CIPRÉS, "Los Abarca de Bolea", *Linajes de Aragón* [Huesca], 7/5 (1916), pp. 81-87.

3. Jesús CONTE OLIVEROS, *Personajes y escritores de Huesca y provincia*, Zaragoza, Librería General, 1981, p. 170.

4. Federico Carlos SAINZ DE ROBLES, *Madrid, crónica y guía de una ciudad impar*, Madrid, Espasa Calpe, 1962, pp. 178-180.

En un reciente trabajo del profesor aragonés Julián Gállego (éste tiene sus raíces en Sarsamarcuello y Benasque, según me ha comentado alguna vez), al hablar de esta Exposición que se celebra en El Retiro ha venido a decir: “La aristocracia, incluso la de las ideas liberales a la que Aranda pertenecía, no se quedó corta en la grata labor de fomentar las artes y artesanías que habían de redundar en la gloria de las dinastías y apellidos. Y el IX.º conde de Aranda unía lo útil a lo agradable fabricando platos que, aparte educar el gusto nacional y dorar la dura píldora de la agricultura, convertida en moda, proveían las mesas de sus palacios de vajillas que celebraban, en sus alegres decorados, la grandeza de la agricultura”. A su vez, el mismo comentarista recordaba lo que ya era conocido por entonces: que el noble aragonés, hombre de empresa al uso de la época, lo que pretendía era la fabricación en su propia casa de objetos de gran calidad y gusto, con lo que evitaría importaciones pagadas con “dineros españoles” y que las manufacturas extranjeras invadieran los comercios interiores, no beneficiándose además de facilidades importadoras ni tampoco de algunos privilegios reales que les eximieran de aranceles y otras alcabalas tributarias. Como era natural los expertos en economía comercial de entonces, entre ellos los moralistas críticos del “luxo”, pronto comprendieron la utilidad de una industria que ponía a nuestro país a la altura del buen gusto europeo, daba trabajo a gran número de artífices y operarios y una arcilla de gran calidad era aprovechada para esta beneficiosa aplicación⁵.

La Fábrica de Alcora se consideró como la más importante manufactura cerámica del siglo XVIII; su nacimiento, 1727, era en el mismo año en que don Antonio Ricardos venía al mundo en Barbastro. Su desarrollo coincidió, pues, con el ideario cultural y político que fomentaban los integrantes del Partido Aragonés, situado dentro del pensamiento que iluminaba la Ilustración. Así, don Buenaventura Pedro de Alcántara Abarca de Bolea, con la ayuda de ceramistas traídos de Marsella y Moustiers, pudo dirigir su nueva empresa y formar buenos operarios. También a su desarrollo contribuyó el conquense Miguel Soliva, que con los franceses Eduardo Roux y José Allery serían destacados pintores que contribuyeron a la aportación del “rococó” galo, ya en las formas de los objetos como en su decoración de motivos floridos, en los que predominaban los tonos azules⁶.

La *segunda época*, con casi un cuarto de siglo en funcionamiento, ocupó el período de 1749 a 1798, durante el que se hizo cargo de la Fábrica el X.º conde de Aranda, don Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea, por su condición de heredero del fundador, su padre, por lo que fue el continuador de la empresa ya en floreciente movimiento. Don Pedro Pablo también era un hombre polifacético, dada su formación; había nacido en la villa de Siétamo,

5. Julián GÁLLEGO, “Primavera en la cerámica de Alcora”, *ABC Cultural* [Madrid], 31-III-1995, p. 25.

6. Luis PERICOT GARCÍA y otros, “La casa de Borbón”, *Historia de España. Gran historia general de los pueblos hispánicos*, Barcelona, Instituto Galiach, 1959, t. V, pp. 187-188.

en 1719, por lo que desde su infancia pudo ver de cerca el desarrollo de la factoría de Alcora que le legaría su padre. Él mismo fue un controvertido personaje por haber sido lo que fue. Llegó a ser el capitán general más joven de Carlos III, diplomático en las cancillerías de Lisboa y Varsovia, presidente del Alto Tribunal Militar, capitán general y virrey del reino de Valencia, político, primer ministro de la Corona... Su propia personalidad se caracterizó desde joven por su tesón y terquedad aragonesa, la férrea disciplina aprendida en la ordenanza castrense, su despotismo adquirido junto al del poder real, las ideas progresistas tomadas de los enciclopedistas franceses y tantas cosas más que ponía en juego para sus actividades públicas y privadas⁷.

Esta segunda época de Alcora, ya muerto Felipe V, vino a coincidir con los reinados de su hijo Fernando VI, de Carlos III —llegado a Nápoles al fallecer el anterior sin sucesión— y de Carlos IV; ello contribuiría a que los diseños de los objetos manufacturados y su decoración evolucionaran a medida que el “rococó” francés fuera cediendo en favor del gusto a la italiana e implicaciones holandesas y alemanas: en las figuras el italiano, en los utensilios domésticos los siguientes. En la exposición que durante esta primavera hemos visitado en El Retiro, nos han llamado la atención las piezas de la serie Álvaro, de gran perfección, de 1760-1780.

El X.º conde de Aranda, don Pedro Pablo, había contraído matrimonio por poderes en Madrid, el 21 de marzo de 1739, a los diecinueve años, con doña María del Pilar Fernández de Híjar, hija del VIII.º duque de Híjar, don Luis Augusto; era el único hijo varón del conde de Aranda, por lo que, no habiendo tenido descendencia directa, el condado de los Aranda quedaba sin descendientes masculinos al fallecer la esposa el 10 de diciembre de 1783. Sin embargo, aquél, deseoso de dar descendientes a su apellido, con la terquedad que le caracterizaba a los sesenta y cinco años volvió a contraer nupcias con su sobrina política doña Pilar Fernández de Híjar y Palafox, de diecisiete años. Cinco años más tarde el X.º conde de Aranda fallecía en Épila (Zaragoza), donde, apartado de su vida pública tras sus enfrentamientos con Godoy, se había recluido⁸.

La *tercera época* de Alcora fue desde 1798 a 1858, dentro de los reinados de Carlos IV, Fernando VII e Isabel II, con el intervalo de la guerra de la Independencia, de paralización nacional. Su nuevo dueño por sucesión hereditaria fue don Fadrique Fernández de Híjar, duque de Híjar, que continuó la marcha de la empresa con la fabricación de modelos conseguidos por sus antecesores, aunque evolucionando hacia un elegante neoclasicismo, de mayor austeridad.

Las formas sacadas durante este dilatado período predominantemente se obtuvieron de modelos alemanes e ingleses; son de gran calidad las series de

7. José Antonio FERRER BENIMELI y Rafael OLAECHEA, *El conde de Aranda. Mito y realidad de un político aragonés*, Zaragoza, Librería General, 1978.

8. José Antonio FERRER BENIMELI, “Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea, Pedro Pablo”, *GEA*, Zaragoza, UNALI, 1980, t. I, pp. 16-18.

pequeñas figuras religiosas y alegóricas, muy originales por su factura y colorido las de animales, que se denominaron “Fauna de Alcora”, del 1798 a 1815, de las que fueron artífices importantes Cristóbal Mas y Clemente Aycart. Gran parte de la “Fauna” la formaban animales tan conocidos del hombre como ána-des, gallos, reptiles, rumiantes..., de bello modelado y pintura.

También se realizó con gran dignidad iconográfica la escultura cerámica dedicada a los nobles personajes de la casa: es famoso el busto de loza blanca del X.º conde de Aranda del Museo Arqueológico Nacional, también los de los duques de Híjar y algunas damas, entre otros más. Los Álvaro y Pastor fueron excelentes directivos⁹.

Además, debemos indicar que estos nuevos propietarios de la Fábrica de Alcora pertenecían a uno de los más famosos linajes de Aragón, que venía del VI.º barón, don Juan Fernández de Ixar, el “Orador”. El monarca Fernando el Católico lo elevaría a casa ducal en 1483, la cual sucesivamente estaría implicada en numerosos acontecimientos históricos: su adscripción a la causa del príncipe de Viana, su intervención en las luchas de la nobleza aragonesa, la tragedia de don Rodrigo, la desaparición masculina del apellido... y el casamiento de alguna heredera con los Silva¹⁰. Todos ellos de gran cultura, fueron protectores de las artes y las letras; en nuestra época era muy conocido don Alfonso de Silva, XVIII.º titular de los Híjar, fallecido en 1956, al que le heredaba la actual duquesa de Alba, doña María del Rosario Cayetana, quien aumentó su innumerable patrimonio con los Estados de la casa de Aranda, transmitidos éstos a los de Híjar en 1798.

La *cuarta época* sería la última de todas y duró desde 1858 a 1895, en el reinado de Isabel II, de su madre y regente doña María Cristina de Borbón, cuarta esposa de Fernando VII, del Ministerio-regencia del general Espartero y el de Joaquín María López, los gobiernos del duque de la Torre, el reinado de Amadeo I de Saboya, la Primera República, la vuelta del duque de la Torre, general Serrano y los monarcas Alfonso XII y su hijo Alfonso XIII, es decir, durante poco más de siete lustros, en los que la producción industrial quizá fuera de tipo más comercial dado el carácter especulativo de los arrendatarios, además de que coincidía con la época del desarrollo industrial y económico del siglo XIX, de manufactura fabricada en serie e incorporación de la máquina en lo que anteriormente era exclusivo de la mano del hombre. La firma Ramón Girona sería la última de todas.

Este sentido comercial daría lugar a que las piezas fueran más simples y de una belleza inferior a las de los anteriores fabricantes. La loza seguiría siendo el componente básico de toda aquella obra artesanal, que desde un prin-

9. M.ª del Carmen MAÑUECO, *Museo Arqueológico Nacional. Edad Moderna*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1991, pp. 151-153.

10. M.ª José SÁNCHEZ USÓN, “Híjar, familia de”, *GEA*, Zaragoza, UNALI, 1980, t. VI, p. 1689.

cipio se mantuvo entre lo popular y lo suntuoso, lo que haría que estuviese al alcance de todos los bolsillos según el valor del objeto deseado; como era natural, todo dependía de la calidad intrínseca de su material y la mano del artista en el taller¹¹.

Proceso de fabricación

Inicialmente hemos comentado que la cerámica consiste en el arte de fabricar y decorar objetos de barro y que la arcilla es el material básico. Creemos que desde que el ser humano comenzó a moldear con sus manos aquellos recipientes de barro que necesitaba para el uso personal no mucho han variado los procedimientos de fabricación, al ser el calor el elemento físico necesario para endurecer el objeto modelado con el agua. Ello se hacía gracias al sol y a pequeños hornos de leña en los alfares; hoy existen los eléctricos, de distinta capacidad.

Al interesarnos por ver la forma con que se trabajaba en los alfares de Alcora, no es difícil comprender el sencillo proceso que allí se llevaba a cabo, aunque sí se exigiera una gran especialización y cuidado para que cada obra fuese modélicamente perfecta. Así, pues, tanto la arcilla (pasta) como el esmalte se cocían en dos hornadas distintas a “grand feu” (950 a 1.000°). El esmalte por lo general era blanco, sobre el mismo ya cocido se imprimían los colores necesarios para la decoración y se volvía a cocer por tercera vez a “petit feu” (650° aproximadamente). Las piezas eran horneadas a pisos en casetas de protección para evitar las marcas de superposición y otras taras.

En Alcora lo que más se trabajaba era la loza en arcilla cocida, recubierta de esmalte opaco, blanco, cocido por segunda vez al darle la segunda mano. Para su obtención fueron necesarias muchas pruebas con el resultado de diferentes tipos de pastas finas: tierra de pipa, arcilla de huesos, media porcelana... Unos objetos de allí salidos fueron los llamados “Escuela de Alcora”, obtenidos con sílice para vidriar, sal para blanqueo, calcina para dar ligereza y resistencia, estaño opacificante y plomo fundente¹².

En los últimos tiempos se daba alguna decoración con oro sobre azul intenso. Por entonces los maestros pintores ideaban con gracia motivos decorativos al estilo y moda. Cada pieza trabajada seguía siendo cocida por segunda vez y en la industrialización en serie gran parte del decorado se hacía a base de calcomanías sobre piezas que volvían a cocerse a “petit feu”¹³.

11. M.^a del Carmen MAÑUECO, *op. cit.*

12. Datos tomados por el autor en su visita a la Exposición “El esplendor de Alcora” (Palacio de Velázquez, Parque de El Retiro, Madrid, 1995).

13. Ídem.

La cerámica de Alcora en las artes decorativas

Muchos aseguran que la Fábrica de Cerámica, fundada por el conde de Aranda en sus posesiones de Alcora, pudo compartir su prestigio con el que simultáneamente alcanzaron las Reales Fábricas: Cristales de la Granja, Tapices de Madrid y Porcelana del Buen Retiro. Un lema de entonces era “Dar luz a la inteligencia”, basado en la concepción del vocablo “ilustrar”, traído a España por los primeros Borbones.

También era en 1727 cuando en el Real Sitio de San Ildefonso se encendía el primer horno para “vidrio soplado” por el maestro Sit. Poco antes, en 1720, igualmente había llegado a Madrid Jacobo van der Gote, “el Viejo”, que con sus hijos y oficiales flamencos montaron los primeros telares de la puerta de Santa Bárbara en el Chamberí madrileño. Ello era al haberse interrumpido las relaciones comerciales de España con los Países Bajos, tras la llegada de Felipe V. Más tarde, en 1767, nacía la Fábrica de Porcelana del Buen Retiro, fundada por Carlos III. En su conjunto, estas tres instituciones constituyeron un proyecto ambicioso con la misión de producir toda clase de objetos decorativos para ornamentar y vestir los distintos palacios y dependencias de la Corona española.

A tal fin, la cerámica de Alcora también compartió la misma misión desde 1727 a 1895 (ahora se cumple un siglo de su desaparición); su fábrica era proveedora de los Reales Sitios: palacios, mansiones regias, fincas de recreo, refugios para lances de caza... y de amor, monasterios de fundación real y otros sitios del hoy llamado Patrimonio Nacional. Todos estos encargos y suministros se hacían dentro de usos de libre mercado, al ser de propiedad privada la factoría.

Se puede afirmar que en tan dilatado tiempo de funcionamiento la Fábrica de Alcora llegó a obtener una obra perfectamente acabada y capaz de competir gracias a unos artesanos que eran buenos maestros en su oficio, sometidos a una verticalidad laboral propia del espíritu organizador y disciplinado de su patrono, el conde de Aranda, aunque imbuido de la modernización que sobre distintos campos imponían las ideas del reformismo europeo, a raíz de la Revolución Francesa.

En la actualidad aún se conservan innumerables piezas de Alcora, sobre todo en palacios de la antigua nobleza española, como clientes que fueron, si bien existen valiosas colecciones que pueden ser vistas y estudiadas en varios museos españoles y extranjeros. Entre los de aquí tienen mucho interés los Museos de Arte Moderno y Artes Decorativas de Barcelona, ahora el Museo de Pedralbes, el Cau Ferrat de Sitges, los Museos de Villanueva y la Geltrú, Bellas Artes de Castellón, “Vicente Mallol Giner” de Alcora, Arqueológico de Córdoba y Provinciales de Lugo y Pontevedra, compartiendo espacio con fondos de Sargadelos; destaca el Museo Arqueológico Nacional, en cuya sala del Buen Retiro y Alcora de este último son muy interesantes las piezas de estilo



Caja-joyero en cerámica de Alcora, siglo XVIII (Museo de Cerámica de Barcelona)

Olerys de la época del fundador, IX.º conde de Aranda, como también las de estilo Beraín, las placas de Miguel Soliva y algunas de Cristóbal Cros, además de las fabricadas con tierra de pipa de la segunda época, la de don Pedro Pablo. Siguiendo por Madrid, también los Museos del Marqués de Cerralbo y de Cerámica de Valencia de Don Juan acogen en sus vitrinas valiosas piezas alcoreñas, como también en el Museo Nacional de Artes Decorativas. Y así en varios más: Museos Arqueológico y de Bellas Artes de Murcia, Nacional de Cerámica de Valencia en el palacio del marqués de Dos Aguas, cerca de nosotros el Provincial de Zaragoza...¹⁴.

En realidad la Fábrica de Alcora no llegó a obtener, quizá porque no se lo propusiera, la delicada producción que salía de los talleres del Buen Retiro, cuyos objetos decorados (jarrones, figuras y vajillas) especialmente estaban en la forma de los de Sajonia, Viena, Sèvres y Nápoles, aunque ciertamente la obra de los Aranda fue muy variada y de gran finura en todas sus épocas, con una belleza y solidez material capaces de competir con las mejores marcas

14. Juan Antonio GAYA NUÑO, "La cerámica de Alcora", *Historia y guía de los museos de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1955, pp. 98, 112, 131, 151, 214, 219, 315, 334, 336, 431-432, 465, 490, 493, 541, 735, 745 y 786.

nacionales y europeas dedicadas al mismo género. En su tiempo llegó a ser la de mayor prestigio dentro de España y aun fuera de aquí: vajillas, bandejas, jícara, saleros, tinteros y escribanías, tarros herbolarios de botica, filtros depuradores y aguamaniles de comedor, pilas de agua bendita y alegorías religiosas, candelabros, placas, azulejos y bajorrelieves de inspiración barroca, esculturas, motivos heráldicos de aquella nobleza... y un sinfín de cosas más.

Todos estos objetos se caracterizaban por sus esmaltes a fuego, blancos y azules delicados, además de los amarillos, verdes, rojos y ocre, con los que se pintaban a mano los motivos de pájaros y los vegetales de flores y frutos, de influencia oriental, primordialmente de China o Turquía¹⁵.

En síntesis, la que fue llamada Real Fábrica de Loza y Porcelana de Alcora, fundada y patrocinada por los últimos condes de Aranda, fue una empresa de singular prestigio gracias al empeño puesto en ella por su creador y continuadores mientras duró, contribuyendo de esta forma al desarrollo de las artes decorativas de España, sobre todo durante el resurgimiento intelectual y científico de los primeros Borbones, Felipe V y Carlos III. Situados en esta línea, aquellos nobles aragoneses no era raro que pusieran en juego todas sus aptitudes para conducir con acierto este proyecto.

15. Datos tomados por el autor en su visita a la Exposición "El esplendor de Alcora" (Palacio de Velázquez, Parque de El Retiro, Madrid, 1995).